



Hola a todos. Bienvenidos a la sala. Qué gusto verlos aquí. El tema que ocupa a casi todas las personas es: “Las relaciones humanas”, asunto con el que algunos tenemos muchas dificultades. Nadie de ustedes, según entiendo, tiene líos con las relaciones, pero yo y millones de personas más en algún momento hemos tenido algún tipo de dificultad en este sentido y, como saben, si han leído algunos de los textos que han surgido de mi pluma, estoy entre quienes han enfrentado dificultades considerables en las relaciones —en hacerlas funcionar, durar y, en verdad, empeñarme en que tengan sentido en mi vida. Nunca entendí, sino hasta hace muy poco, qué hace que las relaciones funcionen y cuál es su propósito en mi vida. También comprendí el determinante principal de las dificultades: me involucraba en relaciones por las razones equivocadas.

En términos generales, yo *entraba en* las relaciones con la expectativa de qué podía *obtener de* ellas. Hoy, no sé si entonces estaba dispuesto a aceptar eso a medida que me involucraba y quizá no lo expresé así porque no quería conocerme. Nunca

me dije: “Cielos, ¿qué quiero obtener de esta relación?” Sé que ni siquiera hubiera podido formularlo así; sin embargo algo esperaba, y resultaba obvio para mí qué era, tan pronto como no lo recibía o dejaba de obtenerlo. En ese momento *quería* salir de la relación.

Ese fue el patrón que seguí durante la mayor parte de mi vida adulta. Salía de las relaciones de las que no obtenía aquello que imaginaba. ¿Se fijaron en eso? Y *entraba* en una nueva relación tras haber salido de otra. Muy rápido. Así que era un monógamo serial. Establecía una relación tras otra y tras otra y tras otra, en busca de esa pareja correcta y perfecta que por fin pudiera satisfacerme, la que pudiera ver quién soy en verdad y llevarme a un lugar de felicidad.

Pero estaba dispuesto a hacer un trato justo. No es que no estuviera dispuesto a mostrarme de ciertas maneras que pudieran hacerme atractivo a otra persona. Al contrario, yo sabía cómo practicar ese juego. Y tras algunas relaciones fallidas, incluso descubrí, o creí hacerlo, lo que otros buscan en una relación. Y me esforcé mucho para proveérselos —algo así como mis bienes negociables. Aprendí, por ejemplo, a sublimar ciertas partes de mi propia personalidad que comprendí, tras una serie de relaciones fallidas, que no eran atractivas para otras personas.

Les pondré un ejemplo que, aunque es algo tonto, recuerdo muy bien justo por su tontería. Hace tiempo, me involucre emocionalmente con una dama por algún tiempo. Pensé que se convertiría en el amor de mi vida. Y, ciertamente, *fue* el amor de mi vida mientras estuve con ella.

Realmente estaba muy enamorado. Una noche, fuimos al teatro, era una de nuestras primeras excursiones al mundo exterior, al mundo de la vida social. La obra era una comedia y comencé a reír.

Resulta que tengo una risa bastante estridente y escandalosa. Cuando yo río, toda la sala se entera de que lo hice, a diferencia de ustedes, que no han reído muy fuerte con lo que les cuento. Cuando río, en verdad suelto una risa muy profunda y sentida. Y eso ha sido una parte de mí. No lo hago a propósito: así es mi risa. En el teatro yo estaba rugiendo. Por supuesto, eso les encantó a los actores porque contagió a otros, surgieron más risas y la sala se tornó muy viva. Estaban fascinados de que en el público hubiera lo que llaman “una pila”. “Esta noche tenemos una pila en casa.”

Por eso siempre soy bienvenido en lugares donde hay artistas escénicos porque soy un auténtico vivaracho. Pero la dama con quien me encontraba, y de quien estaba desesperadamente enamorado (y utilizo ese adverbio a propósito, estaba desesperado *por causa de* mi amor por ella), entre más reía yo, más se empequeñecía ella. Aún hoy puedo recordarla, sentada junto a mí, con ganas de desaparecer. Durante el intermedio, ella me preguntó: “¿Acaso tienes que reírte así?” Recuerdo haber pensado: “¿Así cómo?”, porque ni si quiera era consciente de lo que hacía o cómo me reía; no entendía por qué mi risa la avergonzaba. Por qué sentía que “hacía un oso” (como decíamos de adolescentes), o por qué creía que todo el mundo la miraba porque el chico con quien estaba reía de esa manera.

Y recuerdo mi profundo deseo de hacer cualquier cosa por retenerla en la sala. ¿Me entienden? Quiero decir, en sentido figurado, quería retenerla en la sala de mi vida.

Por cierto, como comentario al margen, debo decir que pasé la mayor parte de mi vida tratando de retener a la gente en la sala. Hacía casi cualquier cosa para lograrlo. “Tan sólo quédate en la sala. Quédate en la sala. ¿Qué puedo hacer para que permanezcas aquí? ¿Qué parte de mí puedo hacer a un lado para retenerte aquí? No importa. La haré a un lado. Todo lo que importa es que permanezcas en la sala de mi vida.”

Y no puedo decirles cuántas cosas hice —no siempre de mi agrado— para lograrlo. Ustedes ponían la música y yo bailaba al ritmo que me tocaran. Y justo eso hice aquella noche en particular.

Empezó el segundo acto. En algún momento, los actores dijeron una línea graciosa, a la que yo, Neale, respondí con un ahogado: “Jjj...” Estaba allí sentado, tratando de ahogar la risa. Para el tercer acto, había logrado suavizarla. Había convertido el: “Ja, ja, ja”, en un discreto: “Ji, ji, ji.” Y durante varios años, así reí. Solía reír con una risa a la que llamaba “no risa,” hasta que alguien me preguntó: “¿Te ocurre algo? ¿Te sientes bien?”

Un día, mientras tomaba un taller con la doctora Elisabeth Kübler-Ross, ella percibió este problema y lo puso en evidencia. Ella dijo algo gracioso y yo estaba en primera fila. Entonces, me cuestionó: “¿Qué te ocurre?”

“Nada, lo que dijo me pareció gracioso”, respondí.

“Y entonces, ¿por qué no dejas salir esa risa?”, preguntó.

¿Alguien conoce a Elisabeth Kübler-Ross? Tiene un acento suizo muy marcado. Nos hicimos muy buenos amigos. Acabé por trabajar en su equipo. Quedan advertidos: tal vez algunos de ustedes se unan mi equipo antes de que termine el día.

Como les decía, ella preguntó, con su acento suizo: “¿Porr ké no de-has salirr esa risa?”

“¿A qué se refiere? Sí me reí”, respondí.

“No. No lo hiciste. ¿Por qué no dejas salir esa risa? Y mientras lo haces, ¿por qué no sueltas también el dolor, el dolor de reprimir a la persona que eres en realidad?”, cuestionó.

Como ven, sabía qué debía dar a cambio, o más bien, creía saber lo que debía dar a cambio con el fin de retener a la gente en la sala. Era consciente de ello y estaba dispuesto a hacerlo. De modo que hice todo lo que pude para mantener la sala llena. Y mi gran desconcierto fue que aunque hice todo lo posible por mantener la sala llena, ésta se quedó vacía. Las personas se fueron una tras otra a lo largo de los años, hasta que un día grité: “¿Qué quieres? ¿Qué se necesita para hacer que funcione una relación?”

Ni siquiera tenía conciencia plena de lo que hacía. No veía que, en verdad, estaba cambiando una cosa por otra: “No reiré así, si tú no toses así. No comeré así, si tú no olvidas poner la tapa a la pasta de dientes...”, o cualquier cosa que negociara, y sé que lo que realmente se negociaba era mayor que esas acciones.

Así pues, acabé viviendo relaciones muy parecidas a un acuerdo comercial. Por desgracia, los 14 de febrero nunca

encontré una tarjeta que dijera: “Te doy mucho y siempre te daré”, o: “Negocio tu amor y siempre lo haré”; realmente estaba negociando. Y me daba cuenta de que negociaba cuando la otra persona dejaba de darme lo que yo creía que debía darme. Aquél era nuestro acuerdo de *quid pro quo*: Yo te doy esto y tú me das eso. Y cuando dejaba de recibir lo que creía que debía recibir, abandonaba la relación. O, en algunos casos, cuando la otra persona dejaba de recibir lo que pensaba que le correspondía, abandonaba la sala.

Así fue como descubrí que establecía relaciones por las razones equivocadas. Comprendí que, de alguna manera, buscaba ese tesoro, esa moneda negociable, lo bastante grande para retener a todo el mundo en la sala. ¿Qué aspecto mío podría ser tan atractivo, innegable y magnético que los hiciera permanecer en la sala a como diera lugar? Y no entendí lo que estaba mal sino hasta que perdí otra relación dentro de una larga cadena de relaciones importantes.

Fue entonces que tuve mi extraordinaria conversación con Dios, en la que él dijo: “Neale, Neale, Neale, tú no ves con claridad lo que ocurre aquí. En primer lugar, tienes una relación por las razones equivocadas. Estás en una relación por lo que puedes obtener de ella. Y estás bien dispuesto a dar algo a cambio. Pero la ves sólo como eso: casi como una transacción comercial. Y no entiendes el propósito de una relación. Y ese propósito no tiene que ver con lo que crees que puedes obtener de ella, sino con lo que eliges poner en ella. Pero poner algo en esa relación no como un *medio para extraer de ella lo que deseas recibir*, sino tan sólo poner algo en

ella como un medio para darte cuenta de Quién Eres en Realidad.”

“Entonces, cuando pongas algo en una relación, asegúrate de ponerlo de manera auténtica. Y nunca niegues, ni por un momento, tu verdadero ser. Y si tu verdadero ser no es lo bastante atractivo para retener a esa persona en la sala, entonces deja que se vaya. Porque a la sala de tu vida llegará alguien a quien tu verdadero Yo le parecerá lo bastante atractivo. Y cuando entre en la sala motivado por tu autenticidad, se quedará ahí porque tú ya no tienes que mantener tu fachada para conservarlo allí. No tendrás que seguir bailando al ritmo que te marquen los demás.” Así me dijo Dios.

Y eso cambió todo para mí en las relaciones. Cambió todo el paradigma de mi experiencia, pues al fin entendí qué hacía ahí. También comprendí que las relaciones son la experiencia individual más importante que podemos crear para nosotros y que, en ausencia de relaciones, no somos nada. Sin ustedes, yo no soy nada en absoluto. Es probable que se hayan percatado de eso cuando entraron aquí. Se sentaron y pensaron: “Sin mí, Neale no es nada (risas).” Pero es verdad, pues sin ustedes, yo no soy nada. (Señalando a diferentes personas), y sin ti, no soy nada; y sin ti, no soy nada en lo absoluto. Y esto es cierto, pues sin la experiencia de las relaciones, nosotros no existimos. En esta experiencia relativa, sólo puedo ser quien soy en relación con algo más en mi experiencia. Digo, por experiencia, que no puedo conocer cosa alguna sobre mí a menos que ustedes estén en la sala.

Dios me dio un ejemplo interesante que me permitió entender la verdad de esto. Dios me dijo: “Imagina que estás en una habitación totalmente blanca: piso blanco, techo blanco, paredes blancas. Ahora piensa que estás suspendido en ella, como por arte de magia, y que no puedes tocar nada. Permaneces allí, flotando como un adorno de Navidad, sin una cuerda que te sustente. Flotas, suspendido en el aire. Imagina que no hay nada más. ¿Cuánto tiempo crees que existirías en tu propia experiencia?” Y la respuesta me llegó: “Quizá muy poco tiempo.”

Esto sucede porque, en ausencia de todo lo demás, yo no existo. No en mi propia experiencia. O sea que soy lo que soy. Pero no puedo *saber* que existo. No puedo experimentar salvo en relación con algo más. De otro modo, no puedo saber nada sobre mí.

Sin embargo, si alguien entrara en esa habitación totalmente blanca, y pusiera un punto, una diminuta mancha de tinta en la pared, en un lugar donde yo pudiera verla, entonces existo. En primer lugar, existiría un *por allá* y un *por acá*, pues el punto estaría allá y yo acá. Empezaría a definirme en relación con esa otra cosa. En este caso, el punto en la pared. Imaginaría que yo soy una cosa que se llama... Tal vez pronunciaría algo como: “Más *gra-a-ande*.”

Quizá, incluso, tendría la audacia de decir, en comparación con el punto en la pared, que soy “más *li-i-isto*”. A veces no me creo mucho más listo que el punto en la pared pero, en general, imagino que lo soy. Tal vez soy más rápido, más lento, más esto o más aquello en comparación con él.



Si metieran un gato en la habitación, tendría experiencias mayores de mí mismo, pues lo que está en ese mismo espacio es más grande que el punto en la pared. En ese momento, empezaría a conceptualizar toda clase de cosas sobre mí. Quizás el gato es más suave que yo, pero tal vez yo soy más viejo que él, o lo que sea. Empiezo a concebirme en mi propia experiencia con base en aquello que me rodea. Por tanto, las relaciones —y hablo en el ámbito de lo relativo, en el cual existimos en forma física— con otras personas, lugares y cosas no sólo son importantes, son fundamentales. En ausencia de ellas, no existimos.

Así empecé a entender la razón de las relaciones: mi relación con esta mesa, con este vaso de agua y con los que comparten este momento y este lugar conmigo. Y es por mi relación con ustedes que no sólo me conozco —y aquí viene el truco—, sino que literalmente me *defino*. Es decir, yo defino y, en ese sentido, *recreo quien soy* en relación con ustedes.

En este punto hay un giro interesante. Al final, no me puedo recrear con algo que ustedes no son. O sea, que sólo puedo ver en mí lo que estoy dispuesto a ver en ustedes. Y lo que no veo en ustedes nunca lo encontraré en mí, pues no sé que existe. Por lo tanto, no podré encontrar la divinidad dentro de mí hasta que busque, descubra y reconozca (también en el sentido de volver a conocer) la divinidad en ustedes. Y en la misma medida que no reconozca ni conozca la divinidad en ustedes, no podré conocerla en mí ni encontrar algo bueno de mi persona. Y, en realidad, tampoco encontraré algo malo, pues acá no puede existir nada que no exista allá. Y eso tiene una mul-

titud de razones; de las cuales, no es la menos importante que en esa habitación sólo se encuentre uno de nosotros. No hay nadie más ahí. De este modo, descubrimos que las relaciones ocupan en nuestra vida un lugar no sólo importante, sino único e irremplazable. No hay algo con que se pueda sustituir una relación que te dé lo que las relaciones te dan, pues las relaciones son la única experiencia de la vida que te da una experiencia de ti mismo en la vida. Y me refiero no sólo a tus relaciones con las personas, sino también con los lugares y las cosas, incluso los sucesos.

Todos nos relacionamos con las circunstancias y eventos de nuestra vida. Y es por nuestras relaciones, las que se crean a sí mismas por completo, que experimentamos, anunciamos, declaramos, expresamos, satisfacemos y nos convertimos en quienes somos en realidad.

Una vez que entendemos el lugar sagrado que las relaciones ocupan en nuestra experiencia, convertimos la experiencia de la relación en algo sagrado, no sólo de pensamiento y palabra, sino de *hecho*. Los hechos que realizamos en torno a las relaciones empiezan a cambiar drásticamente.

Primero, comprendemos el secreto que anuncié anteriormente: sólo puedo ver en mí lo que veo en ustedes. Así, una vez que entendemos el secreto, nuestra función principal en las relaciones será ver al otro en profundidad, con la mayor perspectiva que se pueda imaginar; incluso, ayudarle a crear eso, en la medida que cada uno decida hacerlo. A partir de ese momento, las partes involucradas en una relación, no tienen el propósito de obtener algo del otro, sino de dar, y ayudar

a expresar y experimentar quién es en realidad, porque eso es fundamental para nosotros. Comprendemos que ésa es, en verdad, la *raison d'être* de todas las relaciones, su razón de ser.

De repente, nuestro propósito en una relación se transmuta y transforma por completo. Ya no tratamos de averiguar lo que podemos obtener de la relación, sino lo que podemos dar. ¿Qué podemos otorgar? ¿Qué podemos crear? ¿Qué podemos realizar, hacer realidad? Ustedes pueden *realizar* a las personas. Es algo como encerrar el auto. Tan sólo se necesita dar un poco de brillo a los demás, y las personas se realizarán. Y, al final, ésta es la mayor autorrealización.

Y ese es el secreto que quiero compartir hoy con ustedes. Muchas personas participan en el movimiento de autorrealización. Y piensan que, en cierto modo, la autorrealización se alcanza al sentarnos en silencio y en soledad. Después de todo, se le llama *autorrealización*. Entonces, vamos a realizarnos sentándonos solos, en una habitación silenciosa, con una vela encendida y, de fondo, música tranquila. Tal vez pronuncemos sonidos sagrados como: “Oooooommmmm”. Aclaro que no critico esta forma, ni pienso que esté mal, pero considero que no es la forma de realizarse, pues es un acto individual que, desde mi perspectiva, no refleja la gran enseñanza: somos unos para otros.

Finalmente, la autorrealización no se alcanza en soledad, sino cuando descubrimos al Yo en otra persona. Por esta razón los verdaderos maestros dedican su vida a retribuir a otras personas. ¿Alguna vez te han visto como a un maestro viviente? ¿Alguna vez has estado en presencia de alguien a quien

hayas considerado un maestro espiritual, o tan cerca de él como se pueda estar en esta vida? ¿Has estado en una habitación con alguien que trabaja para llegar a ese grado de autodomínio? Si es así (este tipo de seres se reconocen de inmediato), habrás notado que ellos ven el dominio en ti. Te miran directo a los ojos y te leen como ni siquiera tú imaginas que eres. Entonces te preguntas por qué no te ves a ti mismo como ellos lo hacen, mientras *ellos* se preguntan por qué tú no te ves. Volveré a intentar eso (risas). Obviamente, yo no debería hacer esta afirmación. ¿Estamos listos para guardar silencio? Entonces, ellos se preguntarán por qué ellos no... Y ellos se preguntarán por qué tú no... Olvídalo... (risas). Sé reconocer cuando los elementos me han derrotado.

Cuando usamos una relación de esta enriquecedora manera, transformamos por completo nuestra experiencia con nosotros mismos y con nuestros seres queridos. De repente, ya no queremos nada *de* ellos, y sólo queremos *darles* todo. Y buscamos dar todo lo que somos sin necesitar algo a cambio.

Pero aclaremos. Esto no significa que les permitamos que nos atropellen. Tampoco significa que accedamos a ser una especie de víctimas en una relación disfuncional. De eso no se trata. La vida no nos pide que compartamos la alcoba con alguien que abusa de nosotros. Y por eso, ahora mismo me retiro de esta sala. Si quieren, pueden reírse más por mis chistes...

Más bien, significa que, a medida que nos entregamos por completo a los demás, experimentamos un amor que no conoce condiciones, incluso cuando debemos decir: “Yo elijo no cohabitar contigo”, y separarnos sin rencores, sin necesi-

dad de abogados. ¿Saben por qué necesitamos abogados? Sólo porque existen.

Uno de estos días seremos capaces de mirarnos uno a otro y decir: “Me he dado cuenta de que nuestro tiempo juntos ha terminado. Me he dado cuenta de que ha llegado el momento de seguir amándonos sin condiciones, de darnos de lleno los regalos que hemos de darnos, pero desde otra habitación, otra calle u otro país. Y es que algunas de tus conductas físicas no están en armonía con cómo he elegido vivir mi vida. Y eso no significa que no te ame.”

Algún día seremos capaces de decir esa verdad sin tener que hallar algo malo en la otra persona ni convertirla en la villana del cuento para justificar nuestra verdad. Cuando podamos llegar a ese lugar, también podremos crear las relaciones de amor duradero que anhelamos en nuestra vida, pues esas relaciones tampoco dependen de ninguna condición, ni limitación.

Esto es lo que sé sobre las mejores relaciones y cómo funcionan. Primero que nada, son relaciones que no tienen condiciones. En las mejores relaciones, nada está condicionado, no hay limitaciones. Y es que las relaciones que se basan en un amor verdadero son totalmente libres.

La libertad es la esencia de quien eres. La libertad es la esencia del amor. Las palabras *amor* y *libertad* son intercambiables, al igual que la palabra *alegría*. Alegría, amor, libertad: amor, libertad, amor, alegría. Todas significan lo mismo. El alma humana no puede ser feliz si se encuentra en un nivel en que se siente restringida o limitada de cualquier manera.

Por tanto, cuando amamos a otra persona, no buscamos limitarla o restringirla de manera alguna. El amor dice: “Mi voluntad para contigo es tu voluntad para contigo.” El amor dice: “Escojo para ti lo que tú escojes para ti.” Si digo: “Elijo para ti lo que yo elijo para ti”, entonces no te amo. Me amo yo mismo por medio de ti, pues obtengo lo que quiero en lugar de procurar que tú obtengas lo que quieres.

Ésta es la suprema ironía del paradigma: en el momento que digo: “Elijo para ti lo que tú elijas para ti”, tú nunca me abandonarás. Todos buscamos a alguien que nos deje tener lo que queremos de la vida. Todo el mundo se empeña en no permitirnos tener lo que queremos de la vida, empezando por nuestros padres, cuando tenemos dos años: “No, no puedes tener eso.” Luego, nuestros maestros en la escuela: “No mas-ques chicle en clase.” Y las restricciones, conforme crecimos, subieron de intensidad. ¡Muchas gracias!

Las restricciones continuaron durante la adolescencia, cuando nuestra sexualidad floreciente nos hacía querer una cosa y el mundo se empeñaba en demostrarnos que era un deseo inapropiado, y para algunas religiones, incluso el hecho de desearlo, era inapropiado ¡Qué estragos hemos causado al planeta por nuestras ideas equivocadas sobre el sexo! ¡Qué disparate!

Prosiguieron cuando fuimos adultos jóvenes, y adultos maduros: cuando el mundo se empeña en decirnos que no podemos tener lo que en verdad queremos. Conozco a algunas mujeres que dicen a sus esposos: “Cariño, hay una clase de bordado en la YMCA. Es los martes por la tarde durante seis se-

manas. Me gustaría tomarla”, y los hombres se niegan. ¿Se imaginan a un hombre que dice a su esposa: “No quiero que tomes esa clase de bordado”? Y, sin embargo, ocurre.

“Archie. Es sólo una clase de bordado, Arch.”

“Ya para. No me discutas, Edith.”

¿Lo recuerdan? Y la razón de que todo el país se haya reído de Archie Bunker era que la mitad del país se vio reflejado ahí. Y era una risa de vergüenza.

Yo tuve un padre —que en paz descansen— y lo quise mucho, pero él era muy de ese estilo. No era tan parecido a Archie Bunker en algunos aspectos; no tenía esas ideas o pensamientos raciales pero sí pensaba cosas como: “Soy la autoridad de la casa. Y ella no puede tomar una clase de bordado sin mi permiso, el que pocas veces tendrá.”

En una relación que se construye en torno a una expresión genuina de amor verdadero, no sólo está bien si la esposa va con el esposo y le dice: “¿Puedo tomar una clase de bordado?”, sino: “¿Puedo comer con Harry? Y por cierto, querido, tú no te llamas Harry”, y el esposo —llamémoslo Mike— dice: “Mi voluntad para contigo es tu voluntad para contigo. Si quieres comer con Harry, come con Harry. Te amo lo suficiente para querer para ti lo que tú quieres para ti.”

Si a Harry se le ocurriera robarle esa persona a Mike, éste sería mejor que la olvidara, pues el número de personas que abandonarían a un hombre así, que da esa clase de libertad para expresarse, es minúsculo. Sin embargo, sería enorme el número de mujeres que abandonarían a Mike de inmediato si él respondiera: “No puedes comer con Harry, de he-

cho, ¡ni siquiera menciones su nombre en esta casa! Ni lo pienses, ¿y qué clase de pregunta es esa? ¿No te das cuenta de que me perteneces? Tú eres mi mujer.”

Pero las mujeres también hacen lo mismo a los hombres: “Por cierto, corazón, me gustaría comer con Matilda.” “Ni lo pienses.” Utilizo un ejemplo tonto y extravagante sólo para explicarme, sin embargo, la vida les dará continuamente este tipo de oportunidades para demostrar, a cada uno, Quién Eres en Realidad. El amor nunca dice que no. ¿Y sabes cómo lo sé? Porque Dios nunca dice que no. Y Dios y amor también son intercambiables.

Dios nunca les diría que no, no importa la petición, aún cuando Dios piense que lo que piden los va a meter en problemas. Como Matilda. O Harry. O cualquier otra cosa. Dios nunca dirá que no porque él sabe que, al final, ustedes no pueden meterse en el mayor problema. Es decir, que ustedes no pueden hacerse un daño tal que les haga no existir. Sólo pueden evolucionar, crecer y acercarse más a quienes son en verdad. Entonces, Dios dice: “Yo elijo para ti lo que tú elijas para ti. Y te reto a que hagas lo mismo con las personas que amas.”

Ahora, despierten. Quiero que despierten, todos ustedes. Deben saber que empezarán a sentir sueño tan pronto como se confronten con lo que no quieren oír. Y en verdad, se quedarán dormidos en su silla (risas). Claro que ustedes pensarán que eso no tiene que ver con lo que digo, pensarán: “Sólo estoy cansado.” Ése es el mecanismo de evasión del inconsciente cuando se enfrenta a información que no quiere recibir o



reconocer. “Dormiré en esta parte de la conversación.” Pero estén atentos y sepan que la mayoría de nosotros camina dormido por la vida. Cuídense, permanezcan despiertos. No se duerman. No saben a qué hora llegará su maestro.

Hay una pregunta del público sobre las relaciones. Escuchemos:

—*Neale, en el libro 3 de Conversaciones con Dios, le preguntas a Dios sobre la institución del matrimonio. Y Dios la descalifica y dice que no tiene mucha validez. ¿Tú lo crees?*

—Bien, creo que no entendiste bien la respuesta de Dios. Dios no dijo que el matrimonio no tuviera validez, yo tampoco lo descalifico. Dios habló del matrimonio, pero de la manera en que ustedes lo construyen hoy... Lo que Dios dijo fue que la institución “de la manera en que ustedes la conciben en la actualidad —no la institución *per se*, sino el matrimonio como la sociedad lo ha construido—, no es congruente si se considera el lugar a donde dicen que quieren ir”.

La *validez* es un término relativo. ¿Relativo con relación a qué? ¿Valido respecto a qué? ¿Ven?, aunque no lo crean, Dios dice que no hay cosas correctas e incorrectas, pues *correcto* e *incorrecto* son términos relativos. Algo que ayer fue correcto hoy es incorrecto, y viceversa. Y la vida nos lo ha demostrado ampliamente.

No necesitamos ahondar al respecto, cualquier persona entiende que correcto e incorrecto son términos relativos. Y Dios usa los términos *correcto* e *incorrecto*, o *válido* e *inválido*, en

relación con lo que anunciamos y declaramos que elegiremos para nosotros, como especie y como individuos.

Hemos anunciado y declarado nuestra decisión de que el matrimonio sea la mayor expresión de la experiencia más grande y elevada de amor de la cual somos capaces los humanos. Eso es lo que hemos dicho. Entonces, procedemos a construir una institución y una experiencia del matrimonio que produce justo lo opuesto —casi la forma más baja de amor de la que los humanos somos capaces—: un amor que pretende poseer más que liberar, que limita más que expandir, que se apega más que desapegarse. Un amor que empequeñece casi todo lo que lo rodea en lugar de agrandarlo.

Creamos una experiencia del matrimonio que, en muchos casos, no tiene qué ver con el amor. Hemos creado un contenedor, un caparazón, una especie de coraza. Y eso es lo que queremos que sea el matrimonio. Queremos que sea una coraza que mantenga las cosas donde estaban en el momento que dijimos, “te amo”, y eso nos retiene justo en aquel primer momento. Pero las personas y eventos se mueven, cambian. La vida es evolución. Por eso, el matrimonio, tal como lo hemos conformado, actúa en contra del propio proceso de la vida. La manera en que muchas sociedades, religiones y tradiciones familiares lo establecen, da muy poco espacio para respirar.

En gran medida, esas sociedades, religiones y familias han usado el matrimonio como una mini prisión, una especie de acuerdo contractual que dice: “Todo será, ahora y siempre, como es justo en este momento. No amarás a nadie más y,

ciertamente, no demostrarás ese amor por nadie más de la manera en que demuestras tu amor por mí. No irás a ninguna parte salvo donde vaya yo. Harás muy pocas cosas que yo no haga contigo y, a partir de este día, tu vida será limitada, al menos hasta cierto punto.” Y así, eso que debería quitar límites a la gente y liberar el espíritu de su interior, actúa en contra: limita a las personas y encierra a su espíritu.

Esa es la ironía del tipo de matrimonio que hemos construido. Decimos: “Acepto,” y desde entonces ya no podemos hacer, en gran medida, las cosas que en verdad querríamos hacer en la vida. Ahora bien, muy pocas personas admitirían esto en la primera fase del enamoramiento, y en el periodo que sigue a la boda. Sólo podrían hacerlo tres, cinco o —como reza la frase: “La comezón del séptimo año” — siete años después, cuando descubren que, en verdad, su experiencia de ellos mismos en el mundo se ha reducido *en lugar de* crecer gracias a la institución del matrimonio.

Claro que esto no ocurre en todos los matrimonios. Pero ocurre en demasiados, me atrevo a decir que en la mayoría. Por eso existe un índice tan alto de divorcios, y no es que las personas se cansen del *otro*, al menos no con la frecuencia con que se cansan de las *restricciones y limitaciones* que el matrimonio les impone. El corazón humano sabe cuando se le pide rebajarse.

Por otro lado, el amor tiene que ver con la libertad. La definición de amor es la propia libertad. Amor es aquello que es libre y no conoce limitaciones, restricciones o condiciones de ningún tipo. Es aquí donde hemos creado una construc-

ción artificial de lo menos artificial. El amor es la experiencia más auténtica de la aventura humana. Y, alrededor de esta autenticidad, hemos creado barreras que dificultan a la gente para que se siga amando.

En este escenario, lo que necesitamos es resignificar el matrimonio, si acaso lo vamos a conservar, de una manera en que podamos decir: “No te limito. No hay condición que sea lo bastante buena como para mantenernos juntos. No deseo causar que seas menos en la expresión de ti mismo de ninguna manera. El propósito de nuestro matrimonio, esta nueva forma de matrimonio, es proveer de combustible al motor de tu experiencia: la experiencia de quien eres realmente y de quien eliges ser.” La pareja en el nuevo matrimonio dice: “Reconozco que incluso tú, tu propia persona, cambiará. Tus ideas cambiarán, tus gustos cambiarán. Y *será* mejor que también haya cambiado tu comprensión completa de quien eres, pues si no cambia, te habrás convertido en un alguien estático, y permanecerás así a través de los años, y nada me desagradaría más que eso. Reconozco que el proceso de evolución producirá cambios en ti.”

Esta nueva forma de matrimonio no sólo permite esos cambios, los promueve. Si consideramos lo que dicen que quieren hacer y lo que quieren del matrimonio, su construcción de la institución matrimonial tal como la conocemos es incongruente. No es una opción viable para alcanzar la meta. Y, sin embargo, aún tratamos de obtener aquello que deseamos involucrados en el tipo de matrimonios que no nos conducirán hasta allí.

de un salvador. Ese salvador está aquí, sentado justo allí, y allí (señalando a los miembros del público), y ahí, y ahí.

¿Nos salvarán ustedes de nuestra peor visión de nosotros mismos? Y, ¿nos llevarán ustedes a nuestra mejor situación? Podremos llegar tan alto como ustedes quieran. Podremos volvernos tan extraordinarios como deseen. Podremos amar tan plenamente como estén dispuestos a amar. Ustedes lo están. Son los indicados. Hay quienes ven el mundo como es y preguntan: “¿Por qué?”, pero también hay quienes ven al mundo como podría ser y preguntan: “¿Por qué no?” Gracias por escuchar.